

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 8 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 30.—SÁBADO 26 DE JULIO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

LA ESPOSICION DE LONDRES.

Todos los periódicos de Europa, aun los mas exclusivamente consagrados á las materias políticas y á la reseña de los sucesos históricos, dando como no podian menos la debida importancia al grande acontecimiento industrial, al magnífico espectáculo honra del siglo que se ofrece actualmente á las orillas del Támesis, consagran casi diariamente algunas de sus columnas á la descripción y juicios artísticos de aquel suntuoso alarde de la humana inteligencia, á aquel estudio comparado de los adelantos y cultura de las diversas naciones del globo.—Y para poder hacerlo con mas acierto, todos los diarios de alguna importancia franceses y belgas, alemanes y rusos, italianos, suizos y holandeses, han comisionado especialmente la visita y análisis de la exposicion á los hombres mas especiales de la ciencia, y á las plumas mas distinguidas de la literatura; los cuales correspondiendo á tan distinguida mision, y apreciando la exposicion bajo el punto de vista de su nacionalidad respectiva, están ofreciendo al juicio de la Europa entera el resultado de sus apreciables investigaciones.

Nuestros periódicos españoles han pensado de otro modo; y creyendo cumplir con sus lectores en el hecho de regalarles diariamente con sus soporíferas controversias y rivalidades, con su empalagosa reseña de la historia política, y de las miserias y discordias interiores, parece que se han dado de ojo para mirar con igual desden aquel grande acontecimiento que hoy atrae hacia sí las miradas del mundo civilizado, y no solo no han disputado á aquel congreso universal mensajeros especiales encargados de transmitirnos sus juicios y apreciaciones bajo el punto de vista español, sino que ni siquiera se han tomado el trabajo de escoger y trasladar á sus columnas uno ú otro artículo de los muy importantes que contienen los diarios creados especialmente para el caso ó los primeros políticos é industriales de Inglaterra, Francia y Alemania.—La España únicamente que tuvo la fortuna de que uno de sus principales redactores, el ilustrado ingeniero don Ramon de Echevarría, fuese comisionado por el gobierno para estudiar la exposicion, empezó á insertar hace dias unas cartas muy interesantes suscritas por aquel apreciable escritor; mas por desgracia no pasaron aquellas de preliminares relativos á la historia de las exposiciones en general, los medios y facilidades de hacer el viaje á la de Londres, y la descripción de la ceremonia de la apertura de esta; sin que en los tres meses transcurridos despues haya continuado su apreciable tarea, ni siquiera ofrecido la mas mínima noticia de la parte española que con otros entendidos compatriotas le está encomendada.

Desgraciadamente tambien, esta parte, que mas que otra alguna debe interesarnos, ó por su escasez respectiva con la de otras naciones, ó por la desidia é inercia de nuestro carácter escesivamente modesto, aparece absolutamente olvidada en las amplias reseñas y estudiados juicios que diariamente vemos en los periódicos extranjeros; y esta es la hora, (cuando va á entrarse en el cuarto y último mes de la exposicion) que aun no sabemos la porcion siquiera sea mínima, de gloria que cabe á la industria nacional en aquel espléndido festin.—Hemos leído con cuidado la mayor parte de aquellos periódicos especiales y generales; hemos buscado con avidez los nombres y los objetos españoles; mas por desgracia casi siempre infructuosamente.—El aderezo de S. M. la reina Isabel, montado por Mr. Lemonnier de Paris, y ostentosamente rico por su materia; el tabaco rapé ofrecido gratuitamente en grandes barricas por un cosechero de la Habana; las colosales tinajas del Toboso; algunos cañones de la fundicion de Sevilla; el primoroso vestido de encaje para S. M. obra del señor Margarit; la mesa de mosaico de madera de los señores Perez de Barcelona; la guita-harpa del Sr. Callegos, y algunos bordados de las señoras Giralt; he aquí todos ó casi todos los objetos que hemos visto citados mas ó menos ligeramente en aquellas pomposas descripciones en que la Inglaterra, la Francia, la Alemania, la Italia y los demás estados europeos hacen tan brillante papel al lado de las maravillosas y fantásticas producciones de la India, la China, y la Turquía.—¿Será esto absolutamente justo y merecedor nuestra exposicion tan desdenoso olvido ó entrará por carácter en él la desconfianza y apática desidia de nuestro país, de que tan á menudo hemos evitado *es mptares* en los mismos españoles comisionados? ¿Qué! ¿no merecen siquiera la mas mínima mención nuestros inmejorables productos

naturales, las preciosas riquezas de nuestras minas, los frutos de nuestro suelo, las materias primeras de nuestras artes, remitidos por el gobierno con bastante profusion? ¿Tampoco ha llamado la atencion la famosa industria catalana, las blondas, los paños, los tejidos de algodón, que tan alto proclaman las fabricas del principado? ¿No merecen siquiera dos líneas de mención, las sederías, los azulejos, los tejidos de esparto y de paja de Valencia, los muebles de Cadiz y Barcelona, la platería de Córdoba, Granada, Salamanca y Madrid, las armas de Toledo y de Vizcaya, las industrias en fin especiales de otros de nuestros pueblos que sabemos están representadas en aquel general concurso?—No lo creemos, y mas bien nos inclinamos á pensar que, faltos nuestros esponentes de aquella trompetería oficial con que cuentan los de otras naciones, verán con dolor arrinconados y desdenados sus productos, á la sombra de otros que por mas celebrados y puestos en relieve no merezcan sin embargo la preferencia.

Nuestro periódico, ageno por fortuna á las materias políticas, y mas bien consagrado á las que tienen relacion con los progresos de las artes y las letras, procurará en su modesta esfera reparar en parte aquel descuido reprehensible, en artículos sucesivos dedicados especialmente á la parte española de la Exposicion; y pondrá al corriente á nuestros lectores de la verdadera posicion que en aquel suceso ocupamos.—A este efecto ha pasado á Londres el director y propietario de la ILUSTRACION, y muy pronto, con los datos y materiales que recoja allí mismo, empezará esta á ofrecer

á sus lectores la imparcial revista que tienen derecho á exigir.—Entre tanto, y como vistazo rápido dado al magnífico *Palacio de Cristal*, extractamos á continuacion, tomándolo de un apreciable periódico belga, una lista de los objetos que al decir de aquel llamado la atencion general por su belleza, novedad, riqueza, utilidad ó baratura en aquel torneo industrial en que *setenta y ocho naciones* civilizadas han concurrido á justar con la colosal industria del Reino Unido. Hélos aquí.

El modelo de la iglesia flotante que existe en el puerto de Filadelfia para los marinos.

La fuente de agua de Colonia de M. Rowlands donde todos los visitantes van á mojar sus pañuelos.

El telégrafo doméstico de los hoteles americanos que centraliza en un muestrario todas las campanillas de las habitaciones marcando el número de la que suena.

Un pañuelo de bolsillo de hilo de linó de precio de 16,000 reales la libra, procedente de la fábrica de Reallier.

Los restos de una inmensa y monumental garrafa de Bohemia en que un hombre puede nadar.

El cetro y la mano de justicia en crisocol de S. M. Souluque el emperador negro de Hayti Faustino I (fábrica de Paris).

Una coleccion de animales vestidos por el estilo de las ilustraciones de Granville á las fábulas de Lafontaine.

Una camisa española, en cuya pechera se ven delicadamente bordadas las catedrales palacios y monumentos mas célebres de España.



Estáta erigida á Rossini.

Los volantes de un vestido belga con un dibujo que ha exigido para ser ejecutado 4260 usos, y otro vestido de encaje de Bruselas fabrica de M. Vanderkelen y que está vendido en nueve mil duros.

La locomotora Ckampton de peso de 37 toneladas.
Las telas de hilo y los tapices de Holanda.
Los relojes astronómicos simplificados.
Un modelo de Vhagon con freno, de M. Claasem, de Amsterdam.

Las imitaciones de laca chinesca y varias esculturas holandesas.
Las puertas, vasos gigantescos y muebles de malaquita rusa.

El diamante negro sobre cuya apreciación habria mucho que hablar.
Los cristales coloridos de Marchal, de Metz, y otros franceses.

Un maniquí para sastre que toma todas las posiciones y movimientos, y está tasado en la friolera de 30,000 duros.
Una manta de Nanci que puede recogerse en una mano y que ha exigido el trabajo de nueve meses á catorce obreras.

El Sax-horn-bourdon, instrumento monstruo de cuatro varas de alto y cuarenta y ocho pies de desenrollado en su tubo, verdadera trompeta de Jericó destinada sin duda por su inventor á algun Boreas gigantesco, y que produce un sonido formidable.

El adorno de encajes negros de Bayeux encargado por la duquesa de Sommerset á M. Couder.

Las limas inglesas á cuarto (tres céntimos).
Los pianos á cien francos (376 reales).
Los ejemplares de mineral de hierro de Suecia y Noruega.

Las armas blancas de Eskilstuna, y la cuchillería de Stockholm.

Un retrato del rey Oscar I tejido en seda.
Un carrete de hilo de 4000 yardas (unas cinco mil quinientas varas) hilado por una paisana sueca y que no pesa mas que media onza.

La estatua del pastor joven de M. Molin escultor sueco.
Una máquina inglesa para fabricar instantáneamente sobres de cartas con rara perfección.

Otra que distribuye pastillas de chocolate envueltas en un papel.

Un pliego de papel de 300 metros (unas 400 varas) de largo.
El instrumento de Wagner destinado á hacer palpable la aceleración de la caída de los cuerpos.

Una tela de seda sobre fondo de oro, de Lyon á 80 duros vara, y en general todo el ramo de sederías de aquella ciudad.

Platos de loza de colores á un penny (tres cuartos).
Un objetivo de nueve pulgadas de diámetro.
El Niño desgraciado, de M. Simonis.

La destrucción de Jerusalen de D. Roberts, espléndida litografía de color, por L. Haghe, belga dibujante de S. M. B. (Esta lámina asombrosa cuenta ya cien mil francos de suscripción.)

El escaparate de flores artificiales de M. Constantin (París).

Una máquina para fabricar agujas á la vista del público.
Las espadas de Toledo, y especialmente una encerrada en una vaina en forma de culebra.

Una prensa mecánica que tira 10,000 pliegos en una hora.

Doce barricas de tabaco rapé, español, abiertas á todos los aficionados.

Un perro automático á la Vacanson, pieza mecánica, destinada á suplir al faldero muerto de lady Harriete Shapers.

Tres muestras de granos, cultivados por las augustas manos de la reina de Inglaterra.

Un sofá de carbon de piedra.
Las prensas anatómicas del doctor Anzous: un hombre de cartón-piedra, que se deshace en 1700 piezas, y una hormiga de 128.

Una petición al emperador de la China Hong-Lung, revestida de 778 firmas.

Muestras de los mármoles que han servido á la construcción de todos los edificios memorables de la Grecia.

El riquísimo aderezo de brillantes y demas piedras preciosas de S. M. la reina de España doña Isabel II, montado por M. Lemmonier de París.

Un tubo de cerezo-italina, en que están grabados los retratos de doce poetas transalpinos.

La alfarería inglesa.—Las imitaciones japonesas.—Las enormes tinajas del Toboso, patria de Dulcinea.

Un sombrero de paja de Florencia, vendido á lord Prembocke en 20,000 rs.
Las camisas de algodón inglés á 5 rs.

Las magníficas porcelanas, vasos y servicios de café de Sevres.

Las nuevas telas de Lion, llamadas crespones aereófanos.
Un traje completo de lana, de hombre ó de muger, por 44 francos (unos 53 reales) inglés.

El muestrario universal de caracteres tipográficos de la imprenta imperial de Viena.

La reducción de las puertas del Baptisterio de Florencia.
Las cartas topográficas del depósito de la Guerra en París.

Un cofre de hierro, alemán, con infinidad de resortes y secretos infalsificables.

Los vegetales conservados por compresión, por M. Masson.
El pañuelo de mano, destinado por M. Vanderhacguer, de Bruselas, á la reina Victoria.

Una mesa de mosaico de madera, precioso trabajo de los señores Perez de Barcelona.

El plano en relieve de los puertos y diques de Liverpool.
La tapicería de M. Salandruce (París).
Las telas pintadas de Mulhouse.

Modelos de suelos de madera, franceses, belgas y rusos.
Un rico vestido de encaje de S. M. la reina Isabel, fabricado en Barcelona.

La fuente de cristal de Birmingham.
Un Lafontaine microscópico, impreso por Plon.
Los cristales de Bohemia, y los ingleses igualmente muy bellos aunque no tan de gusto.

Un órgano precioso de M. Ducroquet.
Los retratos de la reina Victoria y el príncipe Alberto, tejidos en seda en Lion, y espuestos por S. M.

El trozo de hulla, de peso de 13 toneladas, procedente de una mina de 150 metros de profundidad (Staffordshire) y otro de 24 toneladas, elevado de 400 pies (Gales del Sur).

Un inmenso espejo inglés que refleja los objetos deformados.

Los excelentes paños de M. Paul Bacot (Sedan) á 4 francos el metro, unos 12 reales la vara castellana.

Los de M. Ivan Lemonis, de Verviers.
Las vidrieras góticas de M. Martin, de Troyes.

El colosal bufete de Kenilwoorth, hecho de un roble, de Sir Walter-Scot.

Las cachemiras francesas, recogidas por su suavidad en una sortija.
El escudo regalado por el rey de Prusia á su ahijado el príncipe de Gales.

Las piedras duras de Florencia, y los mosaicos de Roma.
La Amazona de Kiss; la Esclava Griega de Power; la Bacante de Klessinger, La Phrinea y otras estatuas de Pradier: Los Perros de Lechine y los instrumentos de cirugía, de Charriere (París).

El Godofredo de Simonis; el Hambre y el Cólera, de Etey.

Los muebles de Tahan.
La máquina inglesa para hilar lana de MM. Linch é Inglis.

Las alfombras turcas, eterno modelo de las nuestras, por la solidez, la tersura y la rica combinación de los colores.
Las armas de Lieja.

Los bronceos de Barbedienne y las reducciones de Colas (París).

El telescopio refractor de MM. Metz é hijos de Munich; y su microscopio vertical engrosando de 20 á 1800 veces los objetos.

Las maravillosas sillas, monturas y jaeces de Constantinopla y las armas de Damasco y otros estados del Sultan.

Un barril de pimienta americana destinado á ser repartido entre el príncipe Alberto, el duque de Wellington y la comision directiva de la esposicion.

La hoz segadera del doctor Ed. Stollé de Berlin.
Las estofas y filigranas de Tunez.

El contrabajo monstruo de Vuillaume de cinco metros de altura y que se toca por medio de un tablero de llaves.

Las maravillosas imitaciones de encajes ingleses desde tres cuartos á 25 reales vara.
Una chimenea de mármol blanco esculpido, perteneciente al rey de los belgas, obra de M. Leclerc.

La guita-harpa, ingenioso instrumento de la invención de un español.
Instrumentos militares, inventados y perfeccionados por Sax.

El regulador de Detuches, de París, y los instrumentos matemáticos.

Un piano de Erard de palo rosa con bronceos y cincelado.
Los mosaicos de vidrio coloreado y dorado ingleses, imitación de los que cubren el suelo de la iglesia de San Marcos de Venecia.

El templo de Santa Sofia en Constantinopla.
Un cortaplumas de 300 hojas de que no puede hacerse uso.

El faro lenticular que hace brillar á una simple lámpara casi á doce millas de distancia.

El telescopio de Ros, tan grueso como un cañon de 36 y que pudiera servir para escribir un correo de la luna.

Un cofrecillo-estuche trabajado al gusto del siglo XV por M. Elkingthon de Birmingham y perteneciente á la reina Victoria.

La alfombra de lana de Berlin, ejecutada para S. M. por ciento cincuenta damas inglesas, y los bellos tapices de Axminster.

Los vestidos y chales fabricados con las lanas de las cabras de Cachemira, criadas por el príncipe Alberto en Windsor.

Los trozos de piedra colgantes que sostienen por la sola cohesión del *cimens White* de Westminster otras enormes piedras de dos á tres metros cuadrados.

Trozos de Spermacti cristalizado y refinado capaces de contener á cuatro personas.

Aparatos catatópticos y driópticos para faros marítimos.
El modelo de *brise lame* de Plimout con faro y torres, construido para la esposicion por encargo de los lores del almirantazgo.

El Koh-i-Noor en fin, diamante monstruo procedente del Asia, conquistado por las tropas inglesas en la India, y que está apreciado en doscientos millones.

Y si por via de contraste de tantas y tan magníficas cosas como las que van espuestas y otras innumerables que se quedan en el tintero, quisiéramos indicar aquí las infinitas ridiculas, simples ó abominables que han hallado medio de ingerirse en el palacio de cristal, tales como las numerosas muestras de los camiseros de París, de los fabricantes de bisutería alemana, de los arquitectos ingleses, de los estatuarios de pacolilh italianos, de los muebles americanos, de los fabricantes portugueses y suizos, seria cuento de nunca acabar. Brillan por su ausencia los productos de Rusia y los Estados-Unidos; las colecciones de objetos de la China no son mas en lo general que los rebucos de las que poseen los almacenes de Londres, porque el celeste imperio no ha tenido por conveniente enviar á la esposicion mas que productos naturales; y se observa tambien la falta de los ricos vinos franceses, alemanes, españoles y portugueses, Burdeos, Jerez, Oporto, Madera y del Rhin, á que no se ha dado entrada en la Esposicion, sin duda por haberlos creído demasiado espuestos en ella.

Guta percha.

Esta sustancia vegetal, conocida en Europa y América hace tan pocos años, se emplea actualmente en las artes para muchos objetos, y sustituye á la goma elástica. El árbol que la produce pertenece á la clase de los *Sapotaca*, que se en-

cuentran en abundancia en la isla de Singapore, y en varios bosques espesos de los confines de la península malaya. El pueblo Sarawak de la isla de Borneo lo llama *niao*, y en este punto se desarrolla extraordinariamente, tanto que algunas veces mide seis pies de diámetro. Su madera es sin embargo demasiado floja y abierta para construcciones, pero la fruta contiene un aceite espeso, que sirve de alimento á los naturales.

El nombre de «guta percha» es un término malayo que significa goma áspera. Se cria en el jugo lechoso del árbol y se cuaja muy pronto al contacto del aire; cada árbol da de treinta á cuarenta libras de esta sustancia, pero para sacarla es necesario sajar, destrozando y dejar secar el árbol que, despues de estas operaciones, queda inútil. La guta ó goma, en su estado de crudeza, se recoge en pedacitos, bolas ó en rollos, de capas delgadas. Primeramente se limpia de toda suciedad batiéndola ó amasándola en agua caliente hasta que queda blanda y suave.

Cuando se ha preparado de este modo, adquiere propiedades muy curiosas. Si se pone en agua á la temperatura de 140° Fahrenheit, no sufre alteración alguna; pero si se sube dicha temperatura hasta los 145 ó mas grados, va adquiriendo una suavidad y blandura capaz de admitir cualquiera forma que se le dé, ó de arrollarse en hojas delgadas lisas. En este estado toma alguna elasticidad, pero al paso que se va enfriando vuelve á su primitiva dureza, y se asemeja al cuero cuando se corta ó rompe. De este modo se la puede ablandar ó endurecer muchas veces sin que padezca el material. Al contrario de la goma elástica, no es nada maleable cuando está fría, sino que adquiere tal fuerza y tenacidad que un hilo de la octava parte de una pulgada de diámetro ha sostenido el peso de 42 libras. Sin embargo, tiene muchas propiedades semejantes á la de la goma elástica; es soluble en nafta inflamada, aceite de trementina, éter, ó en caoutchoucine. En solución sirve tambien para la composición de los géneros á prueba de agua, y se emplea para otros mil objetos en vez del cuero, como para máquinas, sillas de montar, bridas, estriberas, broches, correas, cuerdas de relojes de pared, suelas de zapatos, etc. Del mismo modo se usa esta sustancia para la fabricación de otra porción de utensilios de uso común y adorno, como instrumentos quirúrgicos, mangas para el agua, tiradores de puertas, cartones, piezas de ajedrez, marcos de cuadros, encuadernaciones de libros, mangos de cuchillos y espadas, botones, peines, flautas, etc. Por último, dentro de muy corto tiempo promete ser un artículo de comercio mucho mas importante que la goma elástica.

Dícese que hay dos clases de guta percha, una de un color mas claro que otra. En el Jardin Botánico Real de Kew, cerca de Londres, se cultivan en la actualidad algunos árboles de esta especie, pero no sabemos si podrian resistir el clima de ninguno de los Estados Unidos.

ANÉCDOTAS.

Federico II destinó para las sesiones de la academia de ciencias un magnífico edificio, en cuyo piso bajo habia vastas y numerosas caballerizas. Los académicos le preguntaron qué inscripción se habia de poner en la fachada, á lo que respondió el Rey: *Musis et mulis*, esto es, á las musas y á los mulos.

—Un hombre que se habia enriquecido en el comercio de especerías, labró una casa magnífica, en cuya fachada hizo grabar esta inscripción: *Respice finem*. Los habitantes del pueblo que no eran muy latinistas, creyeron que queria decir: *Especia fina*.

SALIR DE MADRID.

Leyenda fantástica alemana.

CARTA Á MODO DE PRÓLOGO.

Sr. Director de LA ILUSTRACION.

Estimadísimo amigo: siento una satisfacción indecible al pensar en la que usted tendrá al leer el adjunto artículo, destinado á enriquecer las columnas de su excelente periódico.

Esta preciosa leyenda, completamente inédita, ha salido de la pluma del gran alemán Essecrekwetreithkz, autor de varios dramas en cuatro tomos en folio cada uno, é inmortalizado por su grande obra titulada: «*Del yo, del tú, del mí, y del aquel, ó sea Sintesis paralelística de la Estética*». Esfuerzo tanto mas admirable del ingenio humano, cuanto que, hasta ahora, nadie ha podido comprender ni el título. Escusado es decir que su libro está traducido á todas las lenguas y se explica en todas las universidades.

La felicísima casualidad, á la que debo la inapreciable dicha de poseer este precioso fragmento, es la siguiente: Paseando el verano pasado un amigo mio por las calles de Leipsick, se encontró con un anciano cubierto con un leviton gris y ocultando la cara y la mitad del cuerpo debajo de la modesta visera de su gorro. Entró al punto en conversacion con mi amigo, el cual tuvo la delicadeza de ofrecerle, á las pocas palabras, su pañuelo; pues el anciano se hallaba al parecer, algun tanto *grippé*, segun la feliz espresion de Cervantes. Agradecido el sábio á esta atención, le devolvió á mi amigo, á los dos dias el pañuelo, perfectamente lavado y planchado, acompañando ademas, como recuerdo, el artículo que en mis ratos de ocio me he ocupado en traducir.

Al dar publicidad, por medio de su periódico á la leyenda, creo prestar un insigne servicio á las letras, pues sabido es que desde algunos años nada se escribe en castellano, inglés ó francés que sea legible, al paso que la literatura, la jurisprudencia y sobre todo la filosofía de los alemanes comparten con su quincalla y su cerbeza el imperio del mundo.

Se repite de usted S. S. Q. B. S. M.

M. VELISLA.

Escorial 11 de julio 1854.

PERSONAS DE LA LEYENDA.

Doña Agustina. UNA INTENDENTA.
 D. Damian. UN PROGRESISTA.
 Adela. UN MODERADO.
 Cosme. UN ABSOLUTISTA.
 D. Canuto. VARIAS SEÑORAS.
 BERNABÉ. ALGUNOS CABALLEROS.

La escena pasa en la Granja y Madrid.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala mal blanqueada y peor amueblada. Zumban algunos mosquitos por el aire, y por las paredes trepan insectos en corto número. Por la derecha, por la izquierda y por el foro hay varias puertas y ventanas.

ESCENA I.

D. Damian, durmiendo en una hamaca. Cosme escribe en una mesa.

Cosme.—¡Oh inspiracion! ¡Oh estro! ¡Oh númen de la poesía! Ya he concluido el cuadro vigésimo-cuarto de mi melo-mimo-malo-drama de grande espectáculo. Leamos la primer escena (lee.) Escena primera. El teatro representa una selva. A la derecha una caverna. A la izquierda, una horca. Hace un tiempo detestable: truena, graniza, diluvia y relampaguea. Sale Ariadne con un cráneo en la mano y dice:

Clara luna que el cercado ameno
 ilumina fúnebre luciendo!
 Deleitosa arroyo que subiendo
 vas por los montes hasta el mar Tirreno!
 y mil y mil y ciento y ciento...

D. Damian (despertando).—y mil y mil y ciento ¿qué demonio estás haciendo? ¿sueñas con tu oficina? ¿repasas la aritmética?

Cosme (con desprecio).—¡La aritmética! no faltaba mas que me viniera a la Granja a echar cuentas. Estoy acabando mi drama.

D. Damian (con asombro).—¡Un drama! ¿desde cuando hacen dramas los meritorios?

Cosme.—Ya le he dicho a usted un millon de veces que no soy meritorio, que soy aspirante a oficial auxiliar trigésimo cuarto de la clase de novenos de la seccion segunda de la Direccion general de fincas del estado.

D. Damian.—Tienes razon; ahora me acuerde.... pero, volviendo al drama, ¿cómo le titulas?

Cosme.—El título es de efecto. Le compuse dos años antes que el drama. Oiga usted (lee.)

Cuerda puñal y veneno

6

El Minotauro de Creta.

Drama en cuatro actos y un prólogo. En prosa y verso y en castellano, inglés y francés.

D. Damian (aparte).—En francés sobre todo. (alto) ¡Ya! ¡ya! pues tiene tres bemoles el título, y ademas la ventaja de que al vuelo se comprende la distribucion de los actos: uno para el puñal, otro para la cuerda, otro para el veneno, y otro para el Minotauro. Ese último debe ser de efecto.

Cosme.—¿Quiere usted que se le lea?

D. Damian.—Muchas gracias; ya he dormido lo suficiente... abre las ventanas. ¡Qué siesta tan infernal!

Cosme (abriendo).—¡Pues usted puede quejarse! está usted hecho un lapon en esa hamaca.

D. Damian (riéndose).—¡Un lapon en una hamaca! ¡Qué ocurrencia! ¿Sabes dónde está la Laponia?

Cosme.—Ni me importa. Ello es que usted está con comodidad metido en esa red, aunque francamente parece usted una merluza.

D. Damian.—O un tiburón; pero lo cierto es que me libra el cuerpo de los ataques de ciertos insectos sin alas... por desgracia los que las tienen (dándose un cachete en la frente) llegan hasta aquí. ¡Cuánto mas fresca y mas cómoda es mi casa de Madrid!

Cosme.—¿Y por qué ha salido usted de ella?

D. Damian.—He dejado mi casa porque en el día es una necesidad salir de Madrid; porque no hay persona de buen tono que no abandone sus Lares y sus Penates en la presente estacion.

Cosme.—Pues yo confieso que me alegra dejar la oficina y trocar las sumas y las restas por la bella poesía; la pluma, por la lira.

D. Damian.—A propósito de lira; he observado que casi todos los poetas tocan ese instrumento: ¿tienes la amabilidad de enseñarme la tuya?... (levantándose y cogiendo el manuscrito de la comedia); ¿Sabes tambien cómo podría definirse la ortografía? (Cosme mira por el balcon.) Una cosa de que tú careces. No harías mal en repasarla antes de escribir dramas.

Cosme.—Buena gana de molestarme: ¿acaso para escribir dramas se necesita ortografía?

ESCENA II.

Dichos y Doña Agustina.

Doña Agustina (en traje de calle).—Damian, vístete, vamos a paseo.

D. Damian (cogiendo un sombrero blanco).—Ya estoy listo.

Doña Agustina (retrocediendo).—¡Y vas a paseo con esa facha, con un casaquin de hilo! ¡con zapatos de caza! ¡Qué horror!

D. Damian.—Muger, estamos en el campo...

Doña Agustina.—No señor; estamos en un sitio Real y es preciso que cada cual conserve su rango. Ponte al momento las botas de charol.

D. Damian (poniéndoselas con dificultad).—Pasar un mal rato para pasear por los jardines!

Doña Agustina.—¿Por los jardines? No señor; vamos al camino de Segovia.

D. Damian.—¡Pero si hace un polvo y un calor inaguantable en el tal camino!

Doña Agustina.—Eso no importa. La gente decente vá por allí.

D. Damian.—Entonces es preciso ir.

Doña Agustina.—Claro está. ¡Ah! échate unos cuartos en el bolsillo, porque han puesto sillas como en el Prado y cuestan lo mismo.

D. Damian.—¿Pero y aquellos fresquísimos bancos de piedra?

Doña Agustina.—Aquellos bancos estan plagados de lagartijas.

D. Damian.—Eso no importa, las lagartijas no te asustan. Bien las cogias, hace dos años, con la mano.

Doña Agustina.—¡Calla por Dios! ¡qué asco! ¡qué miedo! ¿acaso no sabes que es de bon genre tener miedo a las lagartijas? Tambien es preciso enviar a Cosme a por un palco: hoy se inaugura el teatro.

D. Damian.—Por esta noche déjame de teatro, quiero madrugar mañana.

Doña Agustina.—¿Madrugar? qué ordinariez. En la actualidad nadie madruga, trasnochar, es decir, en francés: *faire nuit blanche*, eso es muy distinto. (llamando) ¡Adela!

ESCENA III.

Dichos, Adela y D. Canuto.

Adela (muy vestida).—Mamá, no tengas tanta prisa; es de muy mal tono llegar los primeros (aparte.) ¿Dónde estará Bernabé?

D. Canuto.—Señoras, a los piés de ustedes; caballeros, muy buenas tardes.

Doña Agustina.—Téngalas usted muy buenas, don Canuto; ¿qué hay de nuevo?

D. Canuto.—Hay, que no se puede viajar con gusto: hay, que la Granja está insoportable.

D. Damian.—¡Pues hombre! hace un tiempo delicioso.

D. Canuto.—No lo digo por el tiempo; sino porque vengo de visitar el Palacio con mi Guia del Viagero en la mano, y todos los cuadros y los muebles están trastornados, y de nada me ha servido el libro. Es una vergüenza el desorden que reina en todas las cosas de Palacio. Dos horas he estado buscando el cuadro número 170 del catálogo, y no parece. Un cuadro divino, es decir, que presumo que será divino: Júpiter jugando a la pelota.

D. Damian.—El asunto es poético.

D. Canuto.—¡Ya se vé que sí! Lo mismo me sucedió el año pasado en Aranjuez: en quince dias que estuve, no pude dar con un cuadro de Vanloo que representa a Sócrates tocando la bandurria... pero ustedes iban a salir... Vámonos todos... De paso veré si son doscientas y siete ó doscientas y ocho las barras de hierro de la verja de entrada.

Cosme.—Yo me quede, porque tengo que vestirme.

Doña Agustina.—Hasta luego (salen por la derecha.)

ESCENA IV.

Cosme y Bernabé.

Bernabé (entrando).—¡Deo gracias!

Cosme.—¡Jah! ¡Jah!

Bernabé.—¿De qué te ries?

Cosme.—De tu saludo. Teneis unos modales los de pueblo; pero, ya se vé, no es culpa tuya; ¿qué educacion te habian de dar en Salamanca?

Bernabé (encarnado).—Muchas gracias por tu atencion. El advertírmelo con esa suavidad es una prueba de la tuya.

Cosme.—Vamos, no te enfades. Somos amigos íntimos: como que hace cuatro dias que nos conocemos y en ese tiempo has prestado un servicio notable a la familia, salvando la vida de mi tia en la expedicion del otro día a la Boca del asno. Mi tia dice a todo el mundo que se le desbocó la burra.

Bernabé.—Es una lástima que no gasten bocados esos animalitos, porque entonces tendria la cosa visos de verdad. Todo lo que hice fué impedir que cayera...

Cosme.—¡En el blando césped!

Bernabé.—Solo en los jardines hay césped. Hubiera caido entre jaras ó zarzas.

Cosme.—Sobre lo que pudo caer es indiferente. Lo que quiero es que me des tu opinion acerca de un idilio que he compuesto y que voy a entremezclar en mi drama. Como campesino eres voto en la materia. Escucha:

En un cristalino arroyo

Bernabé.—¿Está buena tu tia?

Cosme.—Buena.

En un cristalino arroyo

Bernabé.—¿Y tu tio?

Cosme (con impaciencia).—Tambien.

En un cristalino arroyo

Bernabé.—¿Y tu prima?

Cosme.—Tambien. Ahora escucha y haz el favor de no interrumpir.

En un cristalino arroyo

Mirábase una pastora
 y pintados pececillos
 surcaban sus limpias ondas.

Bernabé (sentándose).—Siento decirte; pero eso carece de sentido comun.

Cosme (dando un salto en su silla).—¡Cómo!

Bernabé.—Te lo probaré; pero, ante todo, ¿has visto muchos arroyuelos?

Cosme.—Ya se vé que sí: aquel en que me caí el dia pasado, y por cierto que estoy ronco todavia del... susto.

Bernabé.—Pues no le miraste bien.

Cosme.—¡Friolera! si le medí. Además he leído millares de descripciones de arroyuelos idénticos al mio, en Garcilaso, en Melendez....

Bernabé.—Pues entonces tampoco sabian esos lo que es un arroyuelo. En primer lugar, es imposible, absolutamente imposible, mirarse en un arroyo cristalino, por la sencilla razon de que el fondo de arena absorbe los rayos de luz y no refleja la imágen. Para mirarse en el agua, es preciso que el fondo esté oscuro, haciendo, en tales casos, el cieno las veces del azogue de los espejos. De todas maneras, te advierto que se vé uno mejor en un espejo de una pulgada en cuadro, que en una laguna de una legua, por sucia que esté. En segundo lugar: en los arroyuelos cristalinos abundan mucho mas que los pintados pececillos, las sanguijuelas, las ranas, los lagartos, los escuerzos... y de esos no hablas. Prescindo, por supuesto, de que has escrito arroyo con h.

Cosme.—Todas esas objeciones no valen nada. La primera pertenece a la física y los poetas estamos dispensados hace mucho tiempo de conocer las ciencias exactas. La tercera es un lapsus plumae, y en cuanto a la segunda, sabrás, amigo Bernabé, que en la poesía no están admitidos los escuerzos, y solo se dá cuartel a los pececillos, pero con la precisa condicion de que sean pintados. Prosigo.

A esculpir fué luego un nombre
 de verde álamo en la copa.

Bernabé.—¡Alto ahí! por copa entiendo la reunion de las hojas de los árboles, y esculpir en ellas ofrece dificultad; aparte de que, para verificar esa proeza en un álamo, necesitaba la pastora una talla de cuarenta ó cincuenta piés.

Cosme.—Eso consiste en el consonante. Además, con tal de que escriba, importa poco que sea en la copa ó en el tronco.

Bernabé.—Es que, aun en el tronco es absurdo é inverosímil que escriba ó grave letras una pastora.

Cosme.—¡Inverosímil! Al contrario. Cincuenta autores de los mas famosos te enseñarán, y en todos ellos verás que, despues de tañer la zampoña, el deber imprescindible de todo pastor ó pastora es escribir el nombre de su amante en los árboles, para que los repitan los armoniosos ecos de las selvas.

Bernabé.—Pues yo te juro, por mi parte, que, en toda la sierra de Avila y aun en toda España, no hay un solo pastor que sepa leer y mucho menos escribir; que en las selvas es donde mas se apaga la voz, y por tanto, que en ellas hay muy pocos ecos, aun de los comunes, y mucho menos de esos ecos armoniosos que repiten las inscripciones.

Cosme.—¡Hombre vulgar y materialista! no eres digno de comprender las licencias de la poesía. Calla pues y escucha.

Era el nombre de Meliso

Bernabé.—¿Cómo has dicho?

Cosme.—Meliso.

Bernabé.—Ese no es nombre de pastor.

Cosme.—¡Vaya! pues dame otro mejor.

Bernabé.—Un millon te daré mas propios y naturales. Los pastores de mi padre se llaman: Meliton, Canuto, Tiburcio, por apodo Bragas-anchas.

Cosme.—Jesus qué nombres, prefiero el mio (lee.)

que ingrato ¡oh! ¡ah! la abandona.

Bernabé.—Ese ¡oh! ¡ah!...

Cosme.—Representa perfectamente el hipo lacrimoso de la zagala y redondea el verso.

Bernabé.—El caso es que a mí no me lo parece.

Cosme.—Haz el favor de no hablar de lo que no entiendes, cállate (lee.)

Sus blondos cabellos de oro
 arranca la fiel pastora
 y copiosas perlas finas
 entrambos sus ojos lloran.

¿Qué tal te parece?

Bernabé.—Escusada es mi opinion, pues la rechazas; pero de todos modos me parece que si las pastoras tuvieran cabellos de oro y derramarán con tantísima facilidad piedras preciosas y llorarán perlas a cada instante, harian muy mal en andar en zagalejos por montes y vallados detrás de sus cabras y ovejas. Creo tambien que si todos los poetas bucólicos se contentáran con presentar como delirios de su imaginacion sus idilios y églogas, se les podria perdonar a algunos, en gracia de su versificacion, lo pobre del asunto. Lo que no tiene disculpa es su osadía al titular a veces poesía descriptiva, composiciones del género de la tuya, que se alejan de la verdad, mas que una novela histórica moderna, y es cuanto se puede decir.

ESCENA V.

Dichos y Adela.

Adela (entrando).—Se le olvidaba a mamá el botecito de sal inglesa y me ha hecho volver por él, casi desde el camino de Segovia.

Bernabé.—¡Calla! ¿van ustedes de merienda?

Cosme.—¿Cómo?

Bernabé.—Está claro, cuando mandan a buscar la sal!

Adela (riéndose).—No señor, es una composicion para evitar los desmayos.

Bernabé (muy colorado).—Perdone usted mi torpeza: además ¿quién habia de creer que su mamá de usted, tan robusta y sana, que lo menos pesa ocho arrobas, habia de tener desmayos?

Adela.—¡Ay! pues sí los tiene. En cuanto papá la niega alguna cosa, como es tan nerviosa...

Bernabé.—¡Vea usted qué enfermedad tan rara! En Avila es desconocida.

Cosme.—Es que en tu pueblo no se observan las modas.

Adela.—¿No viene usted de paseo?

Bernabé.—No sé si debo.

Cosme.—¡Pues no has de deber! En el campo todo parece bien. Acompaña a mi prima... al momento os alcanzo. ¡Adios! materialista.

Bernabé.—Adios, (aparte) iba a decir poeta. Dios me lo perdone!

(Continuará.)

LOS SIETE PECADOS CAPITALES.



El orgullo.

—¿Cómo está usted, señor don Antonio?
—No le conozco.



La avaricia.

—Una limosna por Dios.
—No llevo suelto.



La lujuria.

—No se apure por no tener dinero para pagarme el cuarto.



La cólera.

El último argumento.



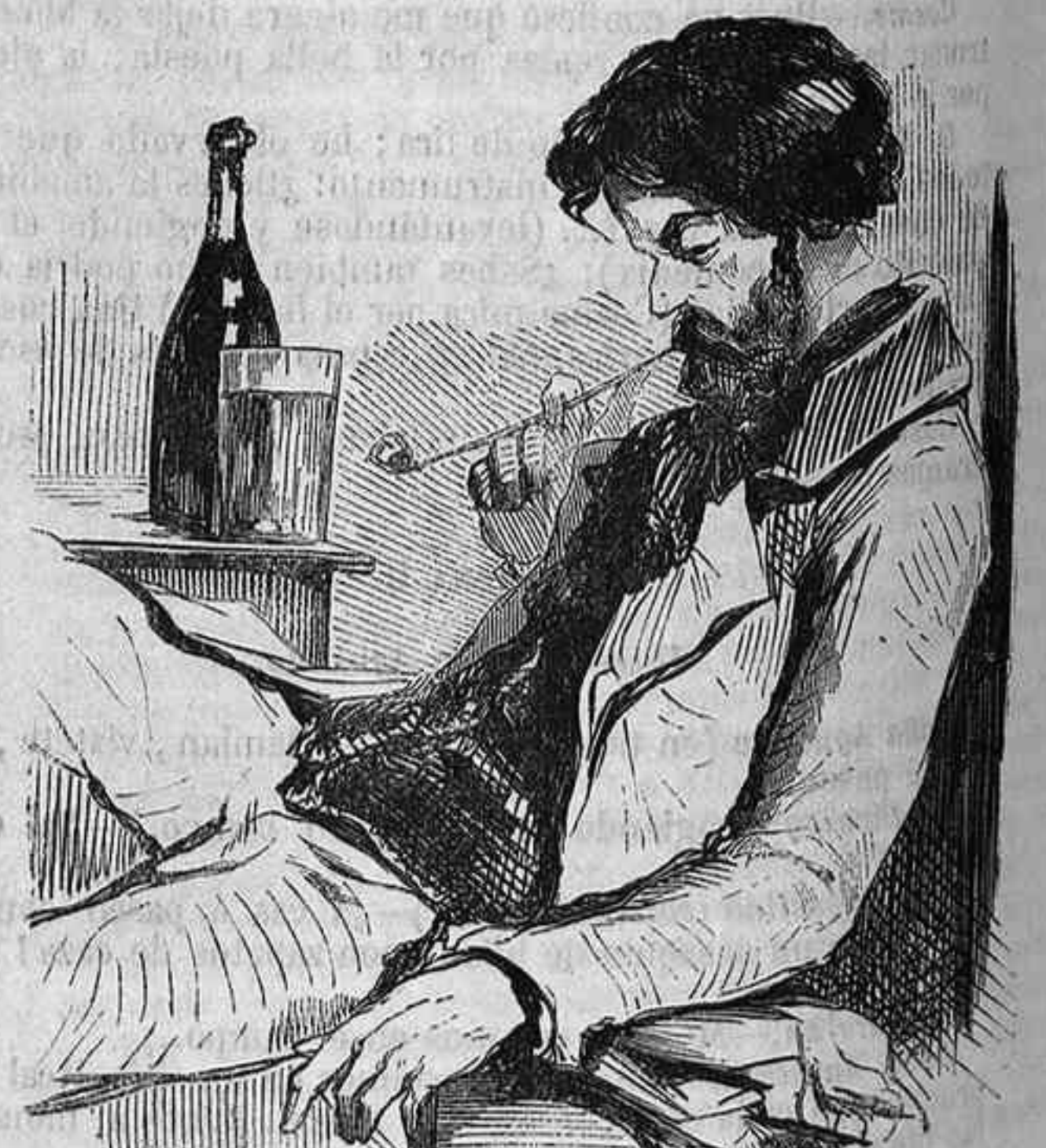
La envidia.

¡Qué bien me estaría ese chal!



La gula.

Bueno es el amor; pero es mejor la comida.



La pereza.

Todavía es temprano.

sus
tai
ble
con
pe
lla
á l
bra
me
sin
el
pe
ju
qu
co
ap
Mi
su
am
el
W
ca
te
ve
se
el
ed
bo
ta
ar
ex
pl
cl
po
el
ti
at
fo
ta
bi
co
ra
co
di
ta
Be
ac
m
un
ni
fr
un
lo
es
sa
bi
br
lic
pr
Cu
ju
br
re
ra
el
vi
m
qu
Te
un
ép
m
se
te
le
bu
se
cu
la
jo
in
er
ca
os
de
ho

COSTUMBRES DE BOSNIA.

TRAGES ALEMANES.

EL POBRATYMI.

I.

El crepúsculo de la noche proyectaba sus últimos y pálidos rayos sobre las montañas de Bosnia. En una de las miserables cabañas que sirven de albergue á los contrabandistas, un hombre y una mujer conversaban en voz baja con aque- ger conversaban dictadas por el corazon, y las palabras del corazon responde; pala- bras de amor que son siempre las mis- mas entre dos almas enamoradas, y que, sin embargo, parecen siempre nuevas.

Alegres ladridos turbaron de repente el silencio de las montañas, y las dos personas se levantaron sobresaltadas.

—Es el perro de Ivo, murmuró la voz juvenil y turbada de la muger.

—Adios, Mryna, dijo su amante al paso que la estrechaba en sus brazos.

—Aléjate aprisa, Bojko, prosiguió Mryna con ansiedad. Aléjate, estamos perdidos.

Efectivamente, urgía el tiempo, pues apenas habia desaparecido Bojko cuando Mryna sobresaltada vió que entraba Ivo su marido, acompañado de Wasyl, su amigo inseparable.

Al paso que Ivo daba á su compañera el beso conyugal, una rápida mirada de Wasyl habia recorrido el interior de la cabaña, y viendo un cuchillo de monte, se apoderó de él y lo ocultó bajo el vestido.

Un momento despues salió Ivo, Wasyl se acercó á Mryna y le dijo enseñándole el cuchillo de que se habia apoderado, y echándole una mirada aterradora:

—Este es el cuchillo de Bojko; sin embargo, Bojko no está ya en nuestras mon- tañas..... ¿Cómo se encuentra aquí esta arma?

Bajó la cabeza la culpable, y oyendo en seguida los pasos de su marido, suplicó á Wasyl que no infundiese sospe- chas en el espíritu de Ivo.

—Seré mudo como la tumba, res- pondió Wasyl; pero cumpliré fielmente el deber del Pobratymi.

Wasyl cenó con Ivo y Mryna, y se re- tiró á su cabaña, inmediata á la de su amigo. Al día siguiente fué á tomar in- formes de los pastores que solian apacen- tar sus rebaños en las cercanías de la ha- bitacion, supo que habian visto á Bojko con frecuencia en la montaña, y que va- rias veces habia salido furtivamente de la cabaña de Mryna.

Algunos días despues, el 30 de Junio de 1848, se encontró delante de la puer- ta de Mryna el cuerpo inanimado de Bojko atravesado de varias puñaladas.

II.

Para mejor inteligencia de lo que acabamos de contar, es indispensable una mirada retrospectiva.

Entre las costumbres bosnias, existe una conocida con el nombre de *matrimo- nio del Pobratymi*, que es una especie de francmasoneria religiosa, y que une con un lazo indisoluble la existencia de los que lo contraen. Los que aspiran á esta union estraña se presentan en la iglesia ante un sacerdote católico que, revestido de há- bitos sacerdotales, recibe su súplica al pié del altar; les recuerda «que los pobratymis se deben mútua amistad, fide- lidad y proteccion hasta sacrificar reci- procamente su vida en caso necesario. Cuando los aspirantes han prestado el juramento, el sacerdote los declara pobratymis y bendice su union. Es tanto el respeto que esta union inspira, que muy raras veces se ha visto que alguno de ellos faltase á sus obligaciones; y si viene á ser descubierto el culpable, ja- más puede sustraerse al castigo el que quebranta su fé.

Ivo Milanowitch, Wasil Obritch y Bojko Tongowitch, habian contraido en 1839 la union del Pobratymi, y desde aquella época se hallaban unidos por los lazos mas estrechos. Nunca se separaban, ya se tratase de una excursion armada en el territorio austriaco, ya fuese preciso pe- lear con los turcos para eximirse del tributo. Cuando llegaba la hora del descanso se retiraban los tres á una cabaña comun.

De este modo trascurrieron siete años, cuando en 1846 habiendo ido los tres á la fiesta de Zwernich, encontraron á la joven Mryna, hija de un mercader de me- nudo. Tenia diez y seis años á la sazón, era de una belleza admirable, y cuando cantaba las canciones del pais, cuando ostentaba la gracia adorable y voluptuosa de sus formas en la danza guerrera de los bosnias, era difícil resistir á su encanto.



Desposados suabos.



Paisanos suabos u. a lores de bolos.

Fueron vencidos los tres amigos, y los tres se confiaron la pasion que acaba- ba de subyugarlos. Esta rivalidad no alteró en apariencia la amistad que los unia, y convinieron en que la suerte decidiria cuál de ellos podria continuar su pretension amorosa y pedir la mano de Mryna. Con este motivo se dirigieron los tres á un barranco situado al pié de una selva; mató cada uno un ganso silvestre, le ataron en las patas una cinta de color diferente para cada una de las aves muer- tas, y despues de haberlas colocado en una roca que dominaba el barranco, se retiraron á la selva. No tardaron en ver un águila mecerse en el aire, bajar en seguida con lentitud, llevarse en las gar- ras uno de los gansos, y perderse despues en las nubes. Los jóvenes acudieron pre- cipitadamente á la roca, y vieron que el ganso que se habia llevado el águila era el de Ivo Milanowitch: la suerte le habia favorecido; sus amigos se sometieron, é Ivo no tardó en ser el esposo de Mryna.

Prolongadas fiestas acompañaron al matrimonio, y entre los asistentes que mas parecieron participar de la dicha de Ivo, se notaba Wasil y sobre todo Bojko, que parecia haber olvidado completamente su amor. Terminados los regocijos, los tres amigos volvieron á sus montañas, y Wasil y Bojko tomaron una habitacion poco distante de la de Ivo y de Mryna. Asi es que los cuatro se veian diariamente, y que nada en apariencia habia alterado la amistad de los pobratymis, ni el amor que reinaba entre los dos esposos.

III.

Sin embargo no estaba mas que adorme- cida la pasion que Mryna habia inspi- rado á Bojko, y no tardó en manifestarse con nueva fuerza; y á pesar de que se re- cataba con escrúpulo y se abstenia de hablar de su amor á la que se lo habia inspirado, sus miradas y sus acciones le hacian traicion á cada momento. Mryna sabia que la adoraba; no obstante, fiel á su deber de esposa, luchó mucho tiempo contra aquel sentimiento que se sentia dispuesta á corresponder. Pero ¿de qué sirven el racionio y la buena voluntad contra el amor, cuando las circunstancias vienen á favorecerlo?

Un día volvia Mryna de llevar la co- mida á su marido, y seguia por el camino de la cabaña entonando una cancion del pais, cuando detuvo de repente sus pasos y su canto la vista de un tigre que estaba á diez pasos de ella y que la devoraba con los ojos... Llena de espanto y de conster- nacion, Mryna quiso huir; pero el tigre no parecia resuelto á dejar escapar su presa, y de un salto rápido y poderoso se abalanzó sobre la pobre muger... mas al momento de llegar junto á ella, se en- contró cara á cara, no con Mryna sino con Bojko, que le sepultó en la garganta su largo cuchillo de monte.

Desde aquel momento renunció Mryna á su virtud; el agradecimiento la entregó al hombre que la habia salvado de una muerte segura.

Establecióse entre ellos un comercio adúltero, el cual continuó durante varios meses, sin causar ningun cambio notable en las relaciones de nuestros personajes. Sin embargo, como Bojko temia sin duda que se descubriese la verdad, tomó el partido de separarse de sus dos amigos, y fué á reunirse con una partida de mon- tañeses que hacian una guerra encar- nizada á los austriacos. Pero siempre que se lo permitian las circunstancias, vo- via al lado de Mryna á quien no habia cesado de amar. En una de estas visitas fué cuando obligado á huir apresuradamente á causa de la llegada de Ivo y de Wasyl, dejó olvidado su cuchillo de monte, que habia confirmado las sospechas del último.

IV.

El mismo día en que fué asesinado Bojko, se presentó Wasil ante el bey Serelenik (noble bosnio, gefe de la ciu- dad), le declaró que él era quien lo habia muerto; pero pidió que no lo juzgase el cadi turco, sino el *Consejo de los Ancia- nos*, y suplicó al bey que no mandase comparecer á Ivo que estaba ausente é ignoraba la catástrofe. Consintió en ello el magistrado y convocó para el primer domingo de julio el *Consejo de los Ancia- nos*, especie de jurado compuesto de tre- ce jueces elegidos entre las personas mas notables y ancianos de la ciudad.

El día prefijado se reunieron en la iglesia los trece ancianos, y despues de haber oido misa, se dirigieron á la sala del consejo. Cada uno de ellos dijo su edad, y el que mas años contaba fué nombrado padre de los jueces. Ocupó un

asiento mas elevado que el de los otros, y los doce jueces se reunieron en torno suyo. Delante de ellos un eclesiástico con vestiduras sacerdotales estaba en pié al lado de una mesa en la cual se hallaba un crucifijo.

El acusado fué introducido, y se arrodilló delante del sacerdote.

—En presencia de Dios, dijo, juro que la mentira no manchará mis labios. Diré solo la verdad.

—¡Maldigate Dios, si mientes! exclamó el sacerdote, y habla á los que Dios ha designado para juzgarte.

Levantóse Wasył y dijo con voz grave:

—Padres, respeto vuestra edad y vuestras canas. Varios de vosotros son sin duda *pobratymis* y saben á lo que obligan los deberes de esta santa union.... Yo, Wasył y Bojko éramos *pobratymis*, y sin embargo he muerto á mi hermano.... pero digo con la mano en el pecho que yo no soy el culpable. ¡Dios tenga en su gloria el alma de Bojko!... Ha deshonrado á nuestro hermano Ivo; ha quebrantado el juramento de los *pobratymis*, y le he dado muerte... Castigadme padres, pero no digais nada á Ivo. Ama apasionadamente á aquella muger... Aquella muger es culpable, pero puede volver á la virtud, y una vez destruida, Ivo no podría recobrar su felicidad...

—Contadnos lo que habeis hecho, dijo el padre de los jueces.

—Había llegado la hora de vengar á mi hermano Ivo, respondió Wasył, porque la víspera había visto un cuervo negro... Me dirigí á la habitacion de Ivo. Mryna estaba sola, y acudió al oír mis pasos; pero se cambió en terror su alegría cuando reconoció á Wasył en lugar de Bojko á quien esperaba. Le mandé entonces que volviese á la cabaña, y me oculté detrás de unas matas de uvas pardillas que estaban junto á la casa. El traidor Bojko no tardó en aparecer cantando... Recomendé su alma á Dios, y lo maté... Todo lo sabeis ahora, padres, juzgadme.

—¿No habeis matado por celos á Bojko? preguntó el padre de los jueces. Sabemos que amabais á Mryna.

—¡Maldigate Dios si mientes! dijo el sacerdote.

—Es verdad que amaba á Mryna, y aun la amo, respondió Wasył; pero jamás le he dicho una palabra acerca de mi pasión... No maté á Bojko por celos, sino porque había quebrantado su juramento de *pobratymi*, y he querido cumplir el mio.

Después de estas palabras, se hizo salir á Wasył de la sala del consejo, y el padre de los jueces recomendó á los que le rodeaban que meditasen bien la sentencia que iban á pronunciar. Pasaron una hora en pensativo silencio y levantándose por fin todos ellos, el anciano de menos edad fué á arrodillarse delante del sacerdote y dijo:

—Wasył Obritch no es culpable. Ha cumplido lealmente los deberes de un *pobratymi*.

Y cada uno de los jueces se arrodilló y repitió lo que había dicho el primero.

En seguida se introdujo de nuevo á Wasył, y el padre de los jueces dijo en tono solemne:

—En nombre de los hombres has hecho bien y te absuelvo.

—En nombre de Dios, has hecho bien y te absuelvo, dijo el sacerdote.

Y Wasył se retiró.

El día que pronunció la sentencia el Consejo de los Ancianos, Mryna se había dado muerte arrojándose en un torrente.

Wasył é Ivo mandaron construir un sepulcro á cada uno de los culpables, y dejaron en seguida el pais jurando no volver jamás á él.

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY: ORIGEN DE LA GUERRA ACTUAL: RIVERA, ORIBE Y ROSAS.

La república oriental del Uruguay, aunque pequeña relativamente á otros estados de América (1), es uno de aquellos paises destinados por la Providencia á formar una grande y poderosa nacion. Situada en una posicion topográfica, como pocas en el mundo, lindando al Norte con el Brasil, al Este con el Océano Atlántico, al Oeste con las provincias argentinas y al Sud con el Rio de la Plata; dotada de un clima meridional, y rica en producciones de los tres reinos; cortado en todas direcciones su feraz territorio por rios tan caudalosos como el Uruguay, el Yi, el Negro, el Daiman, el Arapey, el Cebollati, el Cuarehim y sus afluentes, cuya direccion marca, dividiendo sus aguas y ramificándose en multitud de brazos, la *Cuchilla-Grande*, ramal de los Andes y el rasgo mas prominente de nuestro pais, al que cruza de Norte á Sud, y que hace mas importante á esos rios, todavia no surcados por el hombre, pero que algun dia estenderán su benéfica influencia en proporciones colosales á la agricultura, á la industria, y al comercio,—fuentes de la riqueza pública y privada,—la república oriental fuera ya un coloso de prosperidad, si el genio de la barbarie y de la guerra no esterilizase con su aliento las semillas fecundas del progreso que espontáneamente brotan de su seno, despedazado sin cesar, ora por el hierro de sus propios hijos, ora por la codicia estrangera.

Desde 1810 la sangre ha enrojecido los campos y las ciudades, las llanuras y las montañas; el resplandor de las llamas ha iluminado nuestras glorias y nuestras miserias, y el estridor de los sables, el silvido de las balas y el trueno de los cañones ha ensordecido la tierra, desde las márgenes del Plata hasta los confines del Brasil, desde el Uruguay hasta el Océano... El periodo mas largo de paz que hemos tenido apenas llega á dos ó tres años.

Para formarse una idea exacta de la belleza y de los inmensos recursos que encierra este hermoso pedazo del Edem americano, es preciso haber cruzado sus vastas soledades, sus campos desiertos, aunque poblados de innumerables rebaños, una tarde de enero, cuando el sol desaparece tras

(1) Tiene 15000 leguas cuadradas y consta de nueve departamentos, que llevan el nombre de sus respectivas capitales, á saber: Montevideo, Canelones, San José, Colonia, Soriano, Paysandú, Cerro-largo, Maldonado y Entre-rios Yi y Negro, que no debe confundirse con el Entrerios, provincia de la confederacion argentina; levantada hoy en armas contra Rosas.

una *cuchilla* (1) dorando con sus últimos reflejos los bosques del Daiman ó el Rio-Negro que se pierden de vista, en tanto que la brisa, cuyas alas se han perfumado en la fragante cabellera de vírgenes selvas tan antiguas como el mundo, agita suavemente las erguidas *palmas*, los sombríos sauces, laureles y *sarandés* que crecen á orillas de los rios, confundidos con los rastreros *Membrillales*, los aromáticos *salsafrazes* de hojas plateadas y copa en forma de bóveda, y los espinosos *Aromas*, los *Seibos* de encarnadas flores, los corpulentos *Guayacanes*, los densos *Guaviyús*, los frondosos *Molles*, que ostentan agrupadas como un racimo sus flores de color amarillento, y el alto y flexible *Coronilla*, cuyas estremidades están defendidas por largas espinas casi tan duras como el hierro; mientras en una eminencia, al pié de un valle, en una quebrada ó al confin de una llanura, como avanzado centinela se levanta, solitario é imponente, el gigante de las selvas americanas, el magestuoso *Ombú*, velado en su claro-curo manto.... Es preciso contemplar esta naturaleza magnífica, al lánguido fulgor de una alborada ó de una noche de diciembre, cuando los primeros vislumbres de la aurora ó de la luna vierten sobre ella su rocío de plata... Nunca una descripción pálida podrá definirla tal como es. Los sonidos y las palabras mueren al llegar al oído; nada pintan, nada revelan; se necesitan volúmenes y horas enteras para describir un paisaje, y no todas las veces se consigue; al paso que una simple ojeada sobre los cuadros sublimes de la creacion, graba para siempre con caracteres de fuego en nuestra mente su animado trasunto, sus peregrinas imágenes, su recuerdo indestructible....

Nos domina el sentimiento: habla el corazon, y es fuerza que reflexione la cabeza.

Para que se juzgue hasta donde llegan los inestinguibles recursos de ese pais, para que se vea lo que se puede esperar de él solo con *dejar hacer*, vamos á exhibir algunos hechos que, con el frio y mudo pero irresistible lenguaje de los números, lo ponen al alcance de todos. Tomamos estos datos de un folleto publicado en Paris en 1845 (2) y de unos *Estados insertos al fin de unos apuntes históricos sobre el sitio actual* (Montevideo 1844) por el señor Wright, relativos á las administraciones de Rivera y Oribe.

A fines del año 38 despues de una porfiada lucha, que duró mas de tres años y de la que nos ocuparemos en breve, fué vencido Oribe y obligado á abdicar el poder. El general Rivera subió por segunda vez á la presidencia.

Lastimosa, tristísima, muy semejante á la actual era la situacion del pais; agotado el erario, sus rentas empeñadas; devastada la campaña por el ejército *legal* lo mismo que por el *constitucional*; destruida la confianza pública, holladas las inmunidades, monopolizado el comercio, interrumpidas las relaciones con las repúblicas vecinas... y sin embargo, bajo la tolerante, y nada mas que tolerante administracion de Rivera, la capital se ensancha y dilata hasta formarse á extramuros una nueva ciudad que se confunde con la antigua, pues se alzaron quinientos dos edificios; en menos de tres años acuden á nuestras playas veinticinco mil estrangeros; el pastoreo y las faenas rurales, ademas de subvenir abundantemente á las necesidades interiores, envian al exterior sus productos por valor de veintidos millones cuatrocientos tres mil seiscientos setenta y cinco pesos fuertes, tres reales, y entran en la rada de Montevideo dos mil ochocientos veinticinco buques! (3).

Los datos suministrados á Mr. Delacour por don Conrado Rucker, empleado superior de la Aduana de Montevideo (4), presentan un resultado no menos satisfactorio.—Allí se prueba con ese mismo lenguaje de los números á que son tan aficionados los estadistas europeos, que el comercio de la Inglaterra con Montevideo, á pesar de las tristes circunstancias actuales, se eleva anualmente á veinte millones de francos, y el de la Francia á diez y ocho (5).

¡Y el pais que con tales condiciones de vida, trabajado y aniquilado por la guerra y las discordias civiles, ofrece tan sorprendentes resultados, escasamente cuenta 250,000 habitantes!... Menos que cualquiera provincia de España.

Con estas premisas pasemos ya á ocuparnos de las cuestiones políticas que en estos últimos años se han venido sucediendo, hasta crear la situacion en que hoy nos encontramos.

El 4.º de Marzo de 1835 el general don Manuel Oribe fué elegido presidente de la República. El general don Fructuoso Rivera acababa de terminar su periodo constitucional, y prestó su leal apoyo y proteccion á Oribe para que le reemplazase.

Oribe, que siempre alimentó contra él una envidia baja y ruin, porque siempre se había visto supeditado por su prestigio ó influencia, al poco tiempo de su elevacion al poder, creyó conveniente deshacerse de su Mecenas, y con este objeto envió una cuadrilla de malhechores á que lo asesinasen en su *Estancia* del Rio Negro, donde se encontraba á la sazón.

Escapado milagrosamente por entre las balas de los asesinos, merced á su presencia de ánimo y arrojo, Rivera se asiló á los bosques, y allí supo que Oribe destituía á sus partidarios, desterraba á sus amigos (6) le declaraba traidor,

(1) Pequeña montaña ó serrezuela.

(2) Le Rio de la Plata por A. Delacour, fundador y redactor del patriota francés de Montevideo.

(3) Tal es el resultado que de sí arrojan los referidos *Estados* que solo abrazan el trienio de 1840 á 1842 y que se refieren únicamente á la capital. Su autor el señor don Juan N. Madero los ha formado teniendo á la vista los libros de la Aduana, de la capitania del puerto etc. Compárense con los que presenta relativos á la administracion de Oribe (Est. V. VI y VIII). Y se verá cuán infalible es aquella máxima de los economistas, de que solo con *dejar hacer*, *dejar pasar*, se realizan prodigios en los paises verdaderamente ricos.

(4) Folleto citado página 119.

(5) Página 124.

(6) El ilustre Rivadavia, los Varelas, el doctor Alsina y otras muchas personas notables, pertenecientes al partido unitario que se habían asilado en Montevideo, fueron violentamente desterrados al Brasil por Oribe á instancias de Rosas, que desde mucho tiempo atrás,—desde 1820,—pretendia que no se debía dar hospitalidad á los proscritos por él, *atenta la gratitud y los intereses comunes de los pueblos del Plata*. Son palabras testuales de una nota de su ministro Anchorena al gobierno oriental fecha 20 de setiembre de 1830, publicada en los periódicos de Montevideo y Buenos Aires. Rivera se negó siempre á convertirse en instrumento de la saña de Rosas, y este es el origen del odio implacable que le profesaba.

y estaba en secretas negociaciones con Rosas para anular é incorporar la Banda Oriental á la República argentina.

Muchos errores y desaciertos ha cometido el general Rivera en su larga carrera política, y sus defectos no son pocos; ma noble y generosa. Ha derramado su sangre desde la edad de quince años, combatiendo por la independencia del suelo Albion, las quinas de Portugal, las estrellas del suelo de los pendones de los estados vecinos, se han humillado laba en su robusto brazo.

Rivera no pudo ver con indiferencia ni la ingratitude, ni los desmanes, ni los proyectos maquiavélicos de Oribe, y el le traidor á la patria y á la constitucion.

Sus fieles gauchos y sus numerosos parciales de todos los puntos de la república acudieron al grito de su antiguo general, y despues de cuatro sangrientas batallas con fortuna, el tercer ejército de Oribe fué completamente deshecho en las *Puntas del Palmar* el 15 de junio de 1837.

De nada valió á Oribe la proteccion de Rosas; el pais en masa le rechazaba; encerrado con algunas fuerzas urbanas dentro de los muros de Montevideo, tuvo al fin que capitular. Celebró una convencion de paz á mediados de octubre de 1838, abdicó el poder, y se trasladó á Buenos-Aires.

Su renuncia y aceptacion por la asamblea general convocada al efecto, están concebidas en estos términos:

«Montevideo octubre 20 de 1838.

Convencido el presidente de la república que su permanencia en el mando es el único obstáculo que se presenta para volver á la misma la quietud y tranquilidad de que tanto necesita, viene ante V. H. á resignar la autoridad que como órganos de la nacion le habeis confiado. No es en este instante útil ni decoroso entrar en la explicacion de las causas que le obligan á dar este paso, y debe bastaros saber, como lo sabeis, que así lo exige el sosiego del pais y la consideracion de que los sacrificios personales en un holocausto debido á la conveniencia general. Dignaos, honorables senadores y representantes, admitir la irrevocable resignacion que hago en este momento del puesto que he desempeñado, y concededme ademas, como á los ministros que quieren seguirme, una licencia temporal para separarme por algun tiempo del pais, que así lo aconseja nuestra posicion. Honorable asamblea general.

—Manuel Oribe.

ACEPTACION.

El senado y cámara de representantes de la república oriental del Uruguay, reunidos en asamblea general, decretan: Art. 1.º Admítase la resignacion que hace del cargo de presidente de la república el brigadier general don Manuel Oribe.—Art. 3.º Se concede al señor ex-presidente de la república y á los ciudadanos que han sido sus ministros, licencia para salir del territorio por el tiempo que lo creyesen necesario etc.

Júzguese ahora con qué derecho se titula Oribe *presidente legal de la república del Uruguay*, el traidor Oribe que hasta ha dejado de ser ciudadano de ella, por el art. IV del cap. IV de esa Constitucion que invoca, admitiendo empleos y honores de un gobierno extraño; y véase tambien la justicia y buena fé con que su oficioso amigo don Juan M. Rosas le protege. Fuerza es convenir que han nacido el uno para el otro. Continuemos.

Rosas recibió muy mal á Oribe: este, en su concepto, había tenido poca fibra y no había querido seguir al pié de la letra sus instrucciones; y en honor de la verdad debemos declarar que el ex-presidente, aunque antes, en la guerra con el Brasil, se había distinguido por algun rasgo de crueldad con los prisioneros, no se manchó en el periodo de su mando con ningun crimen. El trato de Rosas y la desgracia le fueron fatales: pronto le veremos convertirse en el mas sanguinario de los prócules del Dictador.

Elegido Rivera presidente por segunda vez, aceptó (1) la guerra que Rosas le estaba haciendo embozada y traidoramente desde 1830. Rosas le contestó lanzando del otro lado del Uruguay el 28 de Julio de 1839 un ejército de 7,000 hombres; ejército que á pesar de haber sorprendido el nuestro en la madrugada del 29 de diciembre del mismo año, fué batido y deshecho en los campos inmortales de *Cagancha* por algunos escuadrones capitaneados por Rivera, por mil quinientos hombres, únicos que no se aterraron en la sorpresa.

El general Rivera, como Artigas y Quiroga, es un tipo de esos célebres guerrilleros americanos, acostumbrados á vencer á sus enemigos con fuerzas tres ó cuatro veces inferiores. Pocos cuadros de infanteria, aun siendo europeos, han resistido las cargas de sus ginetes: los escuadrones á cuyo frente se pone, ó quedan tendidos en el campo ó triunfan. Su serenidad, su audacia, el entrañable afecto que le profesan sus soldados, y las breves pero enérgicas palabras que les dirige, antes y en los momentos de la pelea, les obligan á hacer prodigios de valor. En *Yucutajá* con 700 hombres venció á Oribe que llevaba 3000; y la batalla de *Cagancha*, ganada por ese puñado de valientes cuando casi todo nuestro ejército huía en alas del espanto, es uno de los laureles mas espléndidos y bien ganados, de los muchos que ciñen la frente del vencedor del *Rincon*, *Santa-Ana* y *Cuateguay*.

No por eso Rosas desistió de sus proyectos: los aplazó para mas tarde. Puso á Oribe bajo las órdenes de Lopez, gobernador de Santa-Fé, y le envió al interior de la república argentina á pelear contra los que él llamaba unitarios, pero que no eran mas que infelices que se rebelaban contra su salvaje tiranía, y tan satisfecho quedó de este primer ensayo, que á los pocos meses le nombró general en jefe del formidable ejército que reunió en Coronda.

Oribe, como todos los instrumentos de un poder sanginario y feroz, como Touquier, Tallien, Carnot, y demás prócules y miembros de los *comités* en la época del terror, correspondió dignamente á la confianza del moderno Robespierre, y si no se escedió en sus instrucciones como aquellos, llenó cumplidamente los deseos de Rosas. Con cabezas humanas aseguró el trono vacilante de su amo, y con cabezas humanas erigió un monumento de oprobio á su memoria. Remitimos al lector á nuestro segundo artículo. Maza, Gondra,

(1) «La República oriental se honra en declarar que ella no lleva, sino que contesta la guerra: su rol es, pues, enteramente defensivo, aun en el caso probable de tener que invadir.»—(Manifiesto de guerra publicado en Montevideo el 11 de marzo de 1839.)

2009 Ministerio de Cultura

Pacheco etc. estaban á sus órdenes ó seguían sus instrucciones. Las provincias argentinas fueron asoladas, la sangre corrió á torrentes en los campos de batalla y en las pacíficas ciudades; tres años duró aquella desesperada contienda, hasta que los dos ejércitos libertadores, capitaneados por Lavalle y Lamadrid, cayeron para no levantarse mas en *Famaly y Rodeo del medio* (1841). El general Rivera cometió entonces la imprudencia de pasar el Uruguay, é invadió la provincia de Entreríos. El 6 de noviembre de 1842 fué completamente vencido en el *Arroyo-Grande*, donde todo se perdió menos el honor. Toda la infantería, el parque de artillería y los bagages quedaron en poder del enemigo. Como de costumbre fueron contenidos á muerte todos los prisioneros de cabo para arriba; la degollación duró tres días. (1)

Oribe, engreído con la victoria y al frente de 14000 soldados, invadió la Banda oriental á principios de enero de 1843. Pasados los primeros momentos de estupor, algunos esforzados patriotas en los departamentos y en la capital dieron el grito de ¡al arma! El valiente coronel don Melchor Pacheco y Obes (hoy general y ministro de la república en Paraguarí) fué el primero que en el departamento de Mercedes demostró lo que podía hacerse cuando hay fé, patriotismo é inteligencia en los que combaten por una noble causa. Declaró libres á los negros esclavos, organizó una fuerza de cerca de dos mil hombres, y se replegó sobre la capital cuando el enemigo avanzaba sobre ella á marchas forzadas.

Pronto la capital tuvo un gobierno del que formó parte este mismo Pacheco, alma de la heroica resistencia de Montevideo por espacio de tres años. El y sus dignos compañeros ayudados por el respetable general Paz, aunque desprovistos de todo, sin dinero, sin tropas, sin aliados, sin crédito interior ni exterior, organizaron en pocos días la resistencia con tanta rapidez, que cuando llegó el menguado teniente de Rosas, en vez de entrar con tambor batiente y banderas desplegadas como escribía á aquel, despues de hacer una salva triunfal en el *Cerrito*, (2) tuvo que sentar allí su campamento, porque se encontró con una línea de fortificación que cerraba la ciudad de mar á mar, coronada por cien piezas de artillería y defendida por seis mil bayonetas.

Entonces empezó la encarnizada lucha que no en vano ha llamado la atención de la Europa, —aunque la Europa no la haya comprendido, —y que dura todavía despues de ocho años que está sitiada la ciudad de Montevideo.

El primer paso de Oribe al pisar el territorio de su patria, fué arrojar á la circulación millares de proclamas revestidas de su firma, amenazando pasar á cuchillo á todos los unitarios y á los que los protegiesen, si no deponían inmediatamente las armas y se sometían á su autoridad, que era la única legítima.

Poco despues estableció á imitación de Rosas comisiones clasificadoras, cuyo destino es el mismo que el de las que este creó en 1830 con motivo de su advenimiento al poder. Comisiones iníquas que no son mas que una parodia servil de las famosas comisiones clasificadoras de la primera república francesa, y de las que esos dos Caines han dado el primer funesto ejemplo en la América del Sud.

En seguida espidió un edicto confiscando los bienes de varios unitarios, medida que luego amplió á los de todos (3); mas tarde, otro decretando la introducción del papel moneda de Buenos-Aires y su aceptación bajo pena de la vida; robo manifiesto y escandaloso, pues nadie ignora que Rosas ha falsificado mas de sesenta millones de pesos fuertes, y no contento con estas espoliaciones, se entregó á toda clase de excesos y violencias; puso los fusilamientos y degüellos á la orden del día, y por último, siguiendo siempre las huellas de su maestro, estableció *mashoras* en todas las capitales de los departamentos ocupados por sus tropas.

Sería interminable nuestra tarea si hubiésemos de citar el largo catálogo de sus crímenes. Repetiríamos inútilmente lo que llevamos dicho acerca de Rosas. Para apreciar á Oribe basta leer la siguiente circular á los cónsules extranjeros:

«El presidente legal de la república.

«Cuartel general abril 1.º de 1845.

«Al Sr. Consul de...»

«El que firma ha sido informado con disgusto, que varios extranjeros de los residentes en Montevideo emplean unos su influencia para atraer partidarios á los rebeldes salvajes unitarios, y otros toman las armas en favor de los mismos rebeldes.

«Notorio es el respeto que el que firma ha dispensado á las propiedades y personas de los súbditos de las otras naciones, porque así se lo han aconsejado la civilización, la justicia y sus propios sentimientos, mientras aquellos se conservasen en la esfera que les corresponde; pero estos y aquellos le aconsejan obrar en un sentido enteramente contrario y vigoroso, contra los que olvidando su posición, pierden tomando parte en negocios que no les pertenecen, ya sea llevados del interés ó de cualquiera otro estímulo.

«Por consiguiente, el que firma se ve obligado á declarar que no respetará la calidad de extranjero ni en los bienes ni en las personas de los súbditos de otras naciones que tomasen partido con los infames, rebeldes salvajes unitarios, contra la causa de las leyes que el infrascripto y las fuerzas que le obedecen sostienen, sino

que serán considerados tambien como rebeldes salvajes unitarios, y tratados sin ninguna consideración.

Con este motivo el que firma se complace en saludar al... con estima y consideración.—Manuel Oribe. Por orden de S. E. Carlos G. Villademoros.»

Ya hemos dicho que esta bárbara circular promovió el armamento de los extranjeros que hasta entonces habian permanecido en espectación, aunque vivamente alarmados por el terror general que los excesos de Oribe empezaban á difundir en el país. Acudieron á las armas porque no les quedaba otro recurso: se les declaraba *unitarios*, es decir, fuera de la ley, y ellos sabían por experiencia lo que aquellas palabras significaban en boca de Rosas y sus tenientes. Bastaba para incurrir en su enojo profesar simpatías al partido contrario, ó usar de su influencia para atraerles prosélitos. En vano el noble comodoro Purvis, digno representante de la Inglaterra en el Plata, humilló con su pié la cerviz del insolente degollador, obligándole á que se retractase y retirase su nota (1) en el término de veinte y cuatro horas: los extranjeros comprendieron que Oribe, forzado por la necesidad, y perseveraron en su propósito. La esperiencia ha demostrado luego cuán fundados eran sus temores.

Dejando para otra ocasion el exámen de este punto que se liga naturalmente con la política de los gabinetes europeos en el Plata, y la heroica defensa de Montevideo, que merece un artículo aparte, veamos ahora qué es lo que Rosas se propone en esta guerra.

Su *Gaceta* ha declarado que *es preciso reducir á Montevideo á su estado normal*, y en el *British-Packet* (2) del 15 de mayo de 1841 se encuentra un artículo que confirma ampliar las pretensiones de Rosas á este respecto.

Reducir á Montevideo á su estado normal, no es otra cosa que reducirlo á la condicion de provincia que tenia antes de la revolucion de 1810. Mas claro: Rosas quiere incorporarlo á la Confederación. Su mas vivo anhelo, todo el fin de sus aspiraciones se reduce á reconstruir el antiguo vireinato de Buenos-Aires, que como nadie ignora, se componia de la República Argentina, la Banda Oriental, el Paraguay y parte de Bolivia.

Montevideo es indispensable para la realización de sus futuros planes. La posición geográfica, la riqueza y grandes recursos de aquel país privilegiado, ha sido por espacio de dos siglos una manzana de discordia entre las coronas de España y Portugal. Los ingleses tambien han querido en varias ocasiones apoderarse de él; y Rosas no puede consolidar su tiranía, ni estender sus conquistas y su *sistema rojo*, sin clavar antes allí su lábaro de muerte. Mientras Montevideo permanezca en pié, siempre sus enemigos tendrán un asilo en la rivera izquierda del Plata, el comercio extranjero un depósito y un mercado sin rival en aquellas regiones, y el contraste que ofrezca con Buenos-Aires y las miserables provincias argentinas hará resaltar mas y mas el despotismo que las abruma. Es preciso que Montevideo ó Rosas sucumban; —no pueden coexistir. Para que las tradiciones de nuestra revolucion se salven, es de absoluta necesidad que Rosas y todos los caudillos desaparezcan; así como es indispensable para que el *gaucho* consume su obra de iniquidad, que Montevideo vuelva á su estado normal, ya bajo el dominio de Oribe, ya bajo el de otro cualquiera. El dictador no dormirá tranquilo, no verá realizados sus locos ensueños, hasta que cambie su cuchilla esterminadora en cetro de hierro, y para esto necesita dominar desde el cabo de Hornos al de santa María. Entonces, —¡cierre primero la muerte nuestros ojos!—podría imponer la ley á la América y á la Europa. La Europa retrocedería ante las dificultades que tendría que vencer para combatirle con ventaja. El haría creer á masas inespertas é ignorantes que se trataba de una conquista, y hasta las piedras se levantarían contra los extranjeros...

Es preciso conocer las provincias del Plata, cuyas poblaciones viriles, guerreras, y las mas intrépidas de América, al decir de Torrente, han demostrado ya combatiendo contra la madre patria en la mitad del nuevo mundo, hasta qué grado de exaltación llevan el sentimiento de su independencia (3); es preciso conocer la topografía de aquel país, defendido por impenetrables montañas, rios, bosques, desierto y llanuras inmensas, para formarse una idea exacta del carácter que podría tomar la lucha. La guerra con solo elementos europeos, ha dicho muy oportunamente el señor Lamas, sería un cáncer intratable, y llegaría el caso en que la Europa preferiría abandonar nuestros mercados á tener que abrirselos con las armas.

¿Y cómo han procedido la Francia y la Inglaterra, ó mejor dicho, sus menguados diplomáticos, en esta cuestion, que no es ya una cuestion política sino humanitaria, de honra, de conveniencia propia? ¡Vergüenza dá decirlo! invocando á Rosas, poniendo las armas en manos de los súbditos de sus reys, promoviendo levantamientos, y luego, al menor contraste, á la mas leve promesa del *Caimacan*, que no cumple ninguna, desistiendo de sus pretensiones, abandonando á sus compatriotas y traicionando á sus aliados! ¡Tanto pueden el oro y las intrigas de Rosas!

(1) Y como Oribe contestase paladinamente que primero se cortaría la mano, Purvis capturó la escuadra Argentina que bloqueaba á Montevideo, y el titulado presidente amonestado severamente por Rosas, no tuvo mas remedio que cantar la palinodia, retirar la nota, y prometer que respetaría á los extranjeros.

(2) Periódico inglés que se publica en Buenos-Aires con el único objeto de que circule en Europa.

(3) Un solo hecho nos permitiremos aducir en prueba de ello: los ejércitos españoles vencidos antes en Salta y Tucuman, nunca pasaron la cordillera de los Andes. Todas las provincias y ciudades del resto de América se perdieron desde el principio hasta el fin de la contienda. Las varias veces: solo el vireinato de Buenos-Aires y su capital permanecieron en pié, desde el principio hasta el fin de la contienda. Los ejércitos argentinos llevaron su pendon emancipado á todas partes y en todas partes dejaron bien puesto su nombre. Este magnífico recuerdo de gloria nacional está simbolizado en una de las calles de Montevideo. El documento oficial de la nomenclatura de estas, lo espresa con las siguientes palabras:

«... Los Andes han visto abrirse á sus pies, desde la cuesta de Chacabuco hasta las faldas del Chimborazo y del Condorkanli, los mas gloriosos campos de batalla de la guerra de la independencia sud-americana. En ninguno de ellos dejaron de brillar las espadas del Rio de la Plata, y en muy pocas de su margen oriental.»

El tratado Lepredour, que al parecer ha sido aprobado por la comision nombrada al efecto y que pronto debe discutirse en la cámara francesa, es uno de los muchos *puffs* con que nos han obsequiado franceses é ingleses, ingleses y franceses, desde 1840 hasta 1851. ¡Dios los perdone!

Felizmente la causa *santa* de Montevideo no necesita ya de la Europa para triunfar. A estas horas las mejores tropas del dictador, á las órdenes de Urquiza, su mejor general, veinte mil brasileños y doce mil paraguayos han debido penetrar en la Banda oriental y en Corrientes. Tal vez marchen ya sobre Buenos-Aires, y el mónstruo que la oprime haya expiado sus crímenes en un patíbulo; ó vague por *Pampa* entre los indios salvajes, que él llama sus amigos, pero que le matarán sin misericordia en cuanto se ponga á precio su cabeza.

La *verdídica Presse* de París y el *imparcial Journal des Debats*, periódicos asalariados por Rosas, pueden decir lo que quieran, y la *Esperanza* y otros diarios españoles repetir en coro lo que en ellos encuentren. Los sucesos hablarán.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

LONGEVIDAD HEREDITARIA.

Hábame yo apeado del coche al entrar en una aldea, por tener el gusto de caminar á pié una ó dos leguas que nos quedaban de jornada, cuando veo venir hácia mí llorando y clamando un hombre como de 70 á 80 años, á quien otro viejo todavía golpeaba sin piedad.

—¿Cómo trata usted así á este pobre anciano, hombre cruel? dije yo interponiéndome.

—Tengo facultad para ello, respondió el vapuleador, porque es mi hijo.

—¿Su hijo de usted! y aunque eso sea, ¿qué delito puede haber cometido?

—¿Qué delito? replicó el padre irritado, uno que le estoy reprendiendo todos los días: faltarle al respeto á su pobre abuelo.

UN DIPUTADO INGLÉS.

Pasó en Inglaterra, una escena muy chistosa entre un zapatero honrado y un caballero que pretendía ser nombrado diputado al parlamento.

El caballero entra con aire humilde á la tienda del artesano: este le pregunta qué quiere.

—Pediros un favor: me falta un voto para ser elegido, y vengo á suplicaros que me concedais el vuestro.

Bien; pues que no es mas que eso (replicó el zapatero presentándole un banquillo) sentaos: hablemos un poco, y veamos qué tal talento teneis... Sin duda beberéis cerveza: aquí hay un jarro comenzado; la acabaremos en buena compañía. Vamos, tomad mi vaso: bebed á mi salud y yo beberé á la vuestra.

Por mí no quede (replicó el caballero): y al mismo tiempo bebí haciendo algunos gestos que anunciaban su mortificación.

Me parece que fumareis, pues que yo fumo.—Sí... pero en fin, sea (repuso el caballero reteniendo su cólera y enfado).

Enciende su pipa y se ponen los dos á fumar familiarmente y hablar con la mayor franqueza de asuntos políticos. En fin, despues que el zapatero hizo sufrir al caballero todo género de mortificaciones, y que este las aguantó, le despidió con la mayor dureza diciéndole: «Salid de mi casa, y no aguardéis jamás mi voto, me estimo demasiado para dárselo á un hombre que en nada se estima á sí propio, y que procura elevarse con tanta bajeza.»

ANÉCDOTA.

Don Diego de Anaya, obispo de Cuenca, fué enviado al concilio de Constancia por Juan II rey de Castilla, y le acompañaba como embajador don Martin Fernandez de Córdoba. El obispo tuvo una disputa en la iglesia con el embajador inglés sobre la precedencia, la cual fué terminada, agarrando el obispo (que era agigantado) al embajador inglés por la cintura, y echándole en una sepultura que por casualidad estaba abierta allí junto. Luego se volvió á su lugar, y dijo con mucha serenidad á su colega Córdoba: «Como sacerdote he enterrado al embajador inglés; V. E. como militar, deberá ahora calmar á los dolientes.»

A UN ARROYO.

Tú, de otra suerte en pos, corres ansioso,
arroyo cristalino,
y que te trueque en rio caudaloso
le pides al destino;
despues al mar potente,
diriges, ambicioso, la corriente.
Bien se conoce, arroyo, que no sabes
cuánto vale la calma:
en tus aguas refréscanse las aves,
y es tu frescura el alma
que á las ajadas flores
lozanía les dá, vida y colores.

La inconstante y pintada mariposa
en tí su imágen mira,
la pastorcilla bella y candorosa
á tu margen suspira,
buscando en tu ribera
flores con que adornar su cabellera.

Hasta la selva tenebrosa y fria
se alegra con tu arrullo;
la reina misma de la noche umbría
escucha tu murmullo,
y en tu espejo retrata
su blanca frente de nevada plata
¿Por qué, en pos de otra suerte, vas ansioso,
arroyo cristalino?
¿No sabes cuánto vale ese reposo
que te otorgó el destino?
¡Ay! no: si lo supieras
tu presuroso curso detuvieras!!!...

ANGELA MOREJON DE MASA.

REVISTA DE MODAS.

A continuacion insertamos un bello artículo de modas que ha publicado recientemente en París la condesa de Basanville.

A lo que parece, nada se efectua hoy sin las golondrinas en el reino del aire. Y empleamos la palabra *reino*, con perdón de nuestros escrupulosos lectores, porque no se ha erigido todavía que sepamos aquel recinto en república.

En los periódicos bien informados hemos leído lo siguiente hace pocos días: Las golondrinas han llegado ayer, nadie ignora que el sol no viene con ellas; y por vida mía que hemos tenido un buen sol, por lo cual deben haberle acompañado las golondrinas. Desde que estas han vuelto, el cielo ha sacudido su manto gris para vestirse de azul, el aire se ha hecho tibio y perfumado, las flores han recobrado su brillantez, y las mugeres se han embellecido con sus ligeros trages de estío, y sus sombreros de paja que hacen furor. Sin embargo, el sombrero de paja no es ya lo que hasta aquí; para ocultar mas su ambicion, se ha revestido de la humildad cristiana, aceptando casi un puesto secundario, con el que impera mas libremente. Asi es que la paja se mezcla ahora con la seda, las cintas, el terciopelo, la blonda y el crespon, ora presentándose en forma de flores y agremens, ora serpeando en franjas y elegantes torcidos. La novedad grande, encantadora, que tenemos que admirar hoy en casa de Mr. Montet Galy, donde siempre se encuentra lo bello y elegante, es un delicioso sombrero de crin trabajada como el encaje de la blonda, aunque con grandes mallas. A este encaje están engastados por decirlo así, varios adornos mitad paja y mitad felpilla, ó bien de paja y veludillos, bajo los cuales apenas se adivina la crin. El interior está forrado de tela de la misma paja, ó de la felpilla, despues de lo cual este sombrero que podemos llamar de orden compuesto, recibe el nombre de *sombrero de paja*. Ya ven ustedes hasta dónde ejerce esta su dominacion.

Hay otros sombreros llamados *capeline* que tienen gran popularidad en las aguas y baños de mar, y que son grandes, redondos, y parecidos á los de Avignon. Aunque enriquecidos con largas cintas y terciopelo, son unos verdaderos sombreros de paja. Las flores que se llevan con mas fortuna son las que afectan colores vistosísimos, y para decir la verdad, el rojo es quien mas levanta el gallo, la amapola quien domina la situacion.

Por lo que respecta á los trages, continuan siempre en ellos los volantes, el talle á lo Luis XV, y las mangas de embudo. La *popeline* de Irlanda se lleva con mucho gusto por la comodidad que presta en el estío, y para media *toilette* se usan mucho las telas escocesas de colores vivos, entre las cuales impera el rojo, como en las flores. Preciso es confesar que la *popeline* es de un efecto admirable, y que favorece muchísimo algunos talles. En defecto de ellas y de los tafetanes *glacés*, las mugeres elegantes se proveen de los tafetanes chinoscos de flores, y muselinas, aunque bordados y rameados de tan diversos colores y dibujos, que nos seria imposible dar razon de todos ellos. Para el campo están de moda los cotís de lana chinesca rayados por delante, y los de algodón y piqué son fondo blanco rameado. El traje por arriba se completa con las mismas telas, unas veces en forma de chupa turca, cortada por los lados, y otras con menos ajuste al talle.

La lenceria es cada vez mas rica y elegante, y de ella se proveen principalmente así las toilettes de mañana, como las de la noche. El lujo de los encajes lo invade todo tambien, y actualmente se le dá una explicacion tan positiva como que tiene marcado su uso especial en los diseños y dechados. Antes se dejaba el cuidado de plegar los encajes á la discrecion de la modista; hoy, gracias á la fabrica de belgas y franceses, calle Vivienne, 37, el menor detalle, el mas leve accesorio de la toilette está sujeto á las reglas de los modelos, en los cuales se ostenta el arte, la imaginacion y la fantasia del artista.

Tenemos haciendo gran papel otra nueva manteleta, que se llama *Maria Teresa*, la cual baja por detrás un poco mas arriba de la pierna formando ligeramente la cola, y esten-

diéndose en cuadro por los lados, de manera que deje libre el juego del brazo. Al rededor está guarnecida, y á la cabeza tiene un galon grande.

Los broches y los alfileres de oro y piedras que llevan las señoras acaban de experimentar una trasformacion completa. De grandes que eran se han vuelto pequeñitos, hasta el extremo de que se necesitan tres ó cuatro para cada prendido. Mas ya que hablamos de alfileres, nuestras lectoras nos han de permitir algunas palabras. Hace bastante tiempo que habian desaparecido estos accidentes tan necesarios á nuestra toilette, y tan en uso desde que en 1440 sustituyeron á las espinas y broches de marfil; pero lo que hay de particular en esto es que un objeto tan simple de suyo, fué desde su nacimiento herido de una especie de maldicion que ha envuelto siempre á sus inventores, vendedores, introductores y productores. Hay que creer con los orientales que

atractivos pagó luego tan caros. Hoy dia no son de mal aguro sino para quien los fabrica, pues que la mayor parte mueren á los pocos años de este peligroso ejercicio, en el cual lentamente se van envenenando con el cobre rojo de que usan. El mundo, tan grande como es, no lo es tanto sin embargo que baste á la subsistencia de todos sus habitantes, puesto que algunos tienen que esponer su vida para ganarla.

Pero hablemos de nuestros trapos. Con los ligeros y vaporosos sombreros que se llevan ahora, la tez correria el riesgo de sufrir terribles golpes si dos cosas no viniesen á nuestro socorro. La una es la sombrilla que se lleva muy grande este año, y que preserva mucho; la otra la *amandine*, que cambia el agua en una especie de leche virginal á la que el elegante y aristocrático perfumista Faguer Laboullé, cuyo nombre lleva, ha dado tal perfeccion, que ella refresca

la piel y le da mucha blancura y transparencia. Viva París por todas sus maravillas, entre las cuales pueden citarse á sus perfumistas que hacen verdaderos estos versos de Gresset:

«Oh n'est frais qu'à Paris,
Et l'on se passe ailleurs.»

EL ASNO ORIGINAL.

Los asnos en el Norte de Europa, son de una apariencia ruin; pero habiendo llevado un dinamarqués á su tierra un hermoso burro y burra de Andalucía, produjeron un asno de extraordinario grandor y hermosura asnal. Siendo este el honor de su especie en aquel país, fué exhibido por curiosidad en todos los pueblos.

Un posadero de un lugar entre Hamburgo y Lubeck, lo tomó por insignia, hizo pintarlo, y colgó el tablon á la puerta de la posada con la inscripcion: El *Asno de Dinamarca*, y las buenas acomodaciones de la posada la hicieron famosa.

Muchos años despues, pasando por aquel lugar el principe de Dinamarca, en su viage á Atona se alojó en ella, cuyo honor fué tan apreciado por el posadero, que rogó al principe le permitiese poner su retrato por insignia, y le fué concedido.

Otro posadero tomó al instante la insignia del asno, atrayendo así á la posada todos los pasajeros. El otro advirtió entonces su falta de prevision, y para remediarla, hizo escribir al pié del retrato, debajo del principe de Dinamarca.

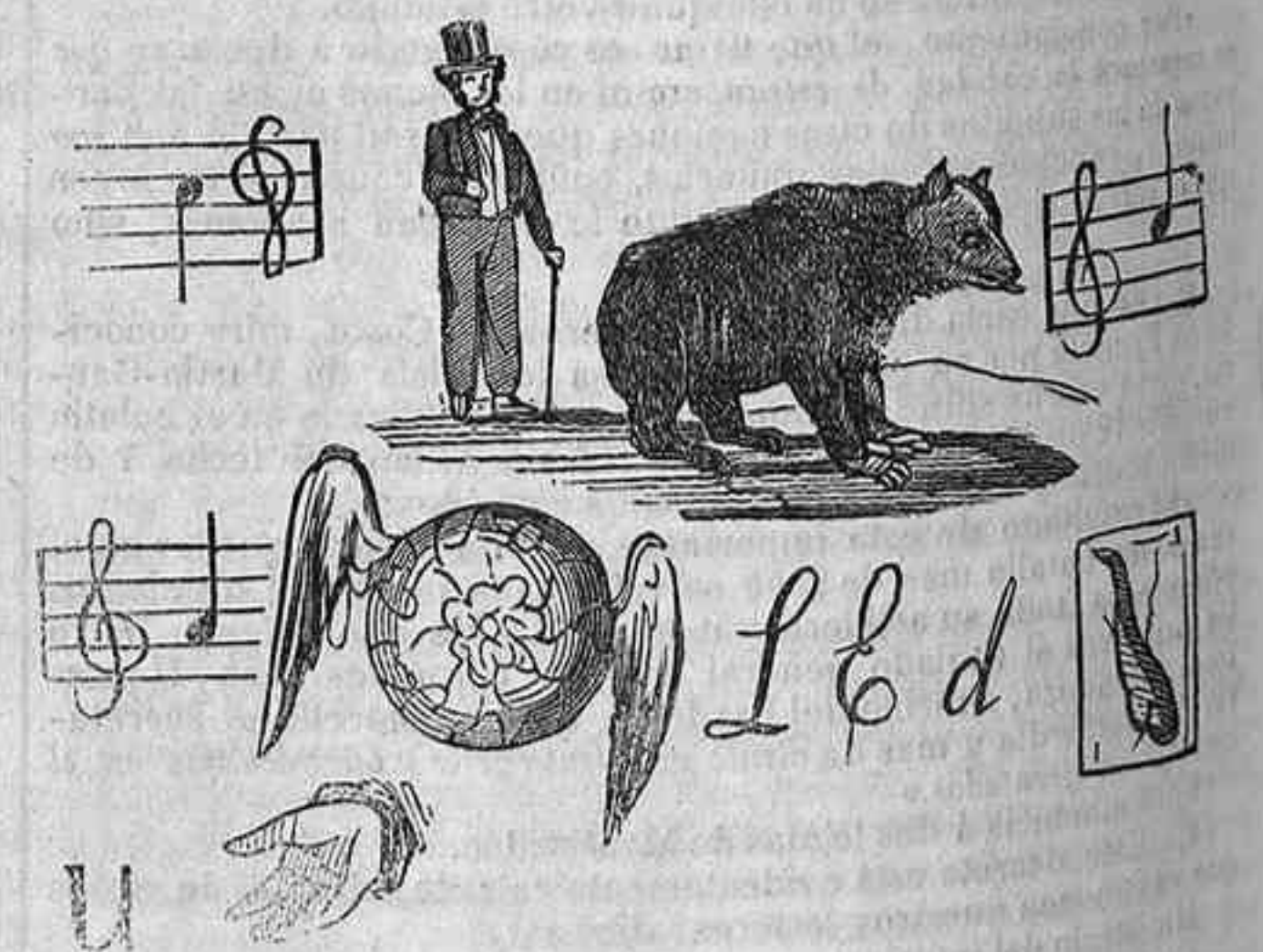
Este es el asno original.

LOS CONTEMPORÁNEOS.

—¡Muchacho!
—Mi general.
—¿Has ido hoy á saber cómo ha pasado la noche mi amigo Buller?
—Sí, mi general, á la madrugada espiró; precisamente en el momento de cumplir ochenta y siete años.

—¡Pobrecillo! diez le llevo: siempre dije yo que eso mozo se malograria.

GEROGLIFICO.



Modas.

la fatalidad reina en este mundo, siquiera no gobierne. Un pobre hombre, llamado Tourangeau, trabajador de laton, á quien acosaba el deseo de hacer fortuna, recordó haber advertido en 1408, cuando la corte de Carlos VI estaba en Tours, donde debía negociarse el perdon del duque de Borgona por el asesinato del duque de Orleans, que los broches de que se servian las señoras, sobre desgarrar frecuentemente sus ricas telas, se desprendian con mucha facilidad. Entonces comprendió Tourangeau la ventaja que reportaria en fabricar unos alfileres de hilo delgadísimo de laton con una cabeza del mismo metal. Despues de un repetido número de ensayos costosísimos, y careciendo del dinero que era preciso, marchó á Bretaña donde obtuvo el resultado que deseaba y vendió muchos millares de alfileres á un mercader llamado Juan Perquin. Pero Tourangeau no hizo fortuna en Bretaña, como tampoco en Tours donde conoció aunque algo tarde, que ninguno es profeta en su tierra. Porque luego que sus acreedores le vieron rechazado de todas partes, empezaron á perseguirlo hasta dar con él en galeras. En cuanto al breton Juan Perquin, ganó sin duda mucho con un invento tan útil á las señoras; mas habiéndose mezclado en asuntos políticos, estos le hicieron dejar la cabeza en un cadalso por los años 1416.

La dificultad de labrar los alfileres hacia entonces sumamente raro su uso, por lo cual eran objeto de un lujo casi regio. En Francia apenas los hubo por largo espacio, y en Inglaterra fueron enteramente desconocidos hasta el reinado de Enrique VIII, época en que los introdujo Catalina de Howard, y aquí debe notarse la fatal influencia de los alfileres, que se estendió tambien sobre la infeliz jóven, cuyos

REDACTOR Y PROPIETARIO DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alluamra, Jacometrezo, 26.